

Los hijos de Jones

Por Luis Óscar SÁNCHEZ

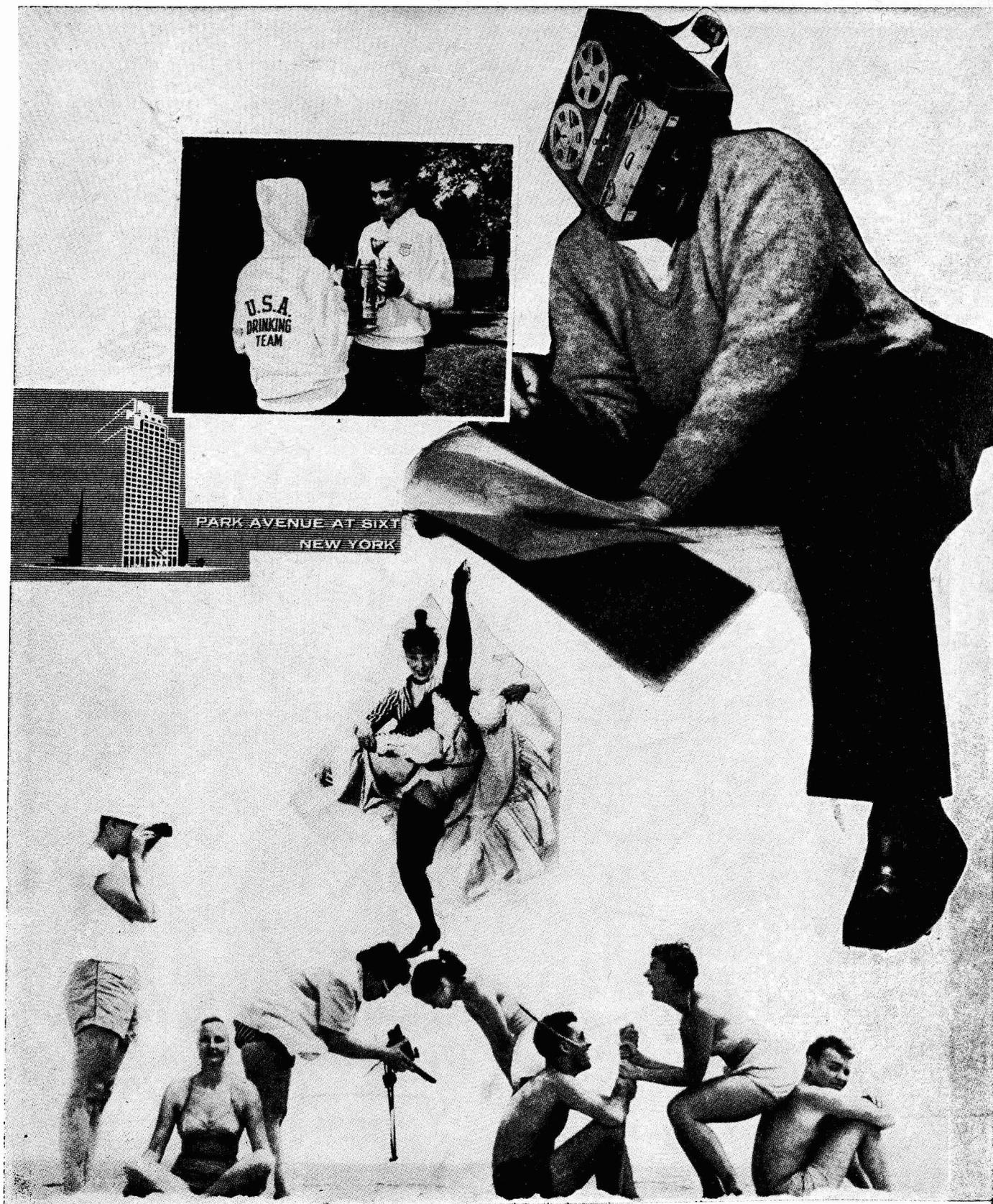
Nuestro amigo John P. Harrison nos ha entregado este breve estudio del antropólogo Luis Oscar Sánchez. Redactado originalmente en inglés, fue enviado por el economista Víctor Urquidí a la Universidad de Texas, que se encargó de publicarlo en este idioma a través de su Instituto de Estudios Latinoamericanos. La Revista de la Universidad de México, consciente de la importancia de esta nueva corriente de estudios antropológicos, iniciada con prolija exactitud por el doctor Óscar Lewis en sus libros *Cinco familias mexicanas* y *Los hijos de Sánchez*, ha traducido, con la libertad indispensable para que respondiera al espíritu del texto original, este esfuerzo paralelo del antropólogo mexicano, que viene a enriquecer nuestras posibilidades de conocimiento de la vida en Estados Unidos.

Después de graduarme en la Escuela de Antropología de Parangaricutiro, Mich.,* decidí que debería aplicar las téc-

* Michoacán, México, por supuesto, no Michigan.

nicas adquiridas recientemente al estudio de cinco familias de *americans*. Elegí al azar las vidas de los Jones, los Smiths, los Browns, los Greens y los Whites —un grupo representativo de norteamericanos comunes y corrientes— sabiendo muy bien que las actitudes, los hábitos, los sistemas de gasto, la vida sexual y otros atributos de estas *American families* tienen especial significación para el futuro económico de mi país. Mi exitoso libro —*Cinco familias opulentas*—, que según entiendo ha sido traducido al inglés con el título de *Anthropology of Park Avenue*, se basaba en métodos de investigación originalmente utilizados en el estudio de la vida de los *peasants* de Estados Unidos. Lo complementé instalando grabadoras bajo las *coktail tables* en el *Cork Club*. Fui ampliamente recompensado — desde el punto de vista antropológico.

Eso me estimuló para realizar un proyecto más ambicioso aún: profundizar en la subcultura de la abundancia. Elegí a



los descendientes de Jones, quien, como se recordará, era mi *tycoon* favorito. Los resultados, después de agotar más de 125 cintas magnéticas, confirman algo que siempre había sospechado: la superioridad de Jones sobre sus hijos. Estos *weaklings*, jóvenes desorientados, son un motivo de preocupación más grande todavía para mi país.

Para no ser acusado de ofrecer análisis confusionistas o interpretaciones caprichosas, decidí pedir a cada uno de los *Children of Jones* que me contara su biografía, que me confesara todo lo que él o ella pudieran recordar. La mayor parte de las grabaciones fueron hechas en los apartamentos de la *Park Avenue*, alrededor de los *cowryards*. Cada departamento tenía TV y agua corriente. La gente dormía en *beauty-rest springs*. Pude colocar el micrófono en los lugares más insólitos, para que nada inhibiera a mis amigos: David, el mayor, producto de un primer matrimonio; Mike, su medio hermano; Louise, hija de un tercer matrimonio y por último, Mabel, resultado del quinto. Después del sexto *divorce* de Jones, temí que las entrevistas con una progenie ulterior reflejaran una *cross-section* demasiado amplia de la población, y tuve que limitar mi investigación. Podría llenar con ella varios volúmenes, pero los siguientes fragmentos bastarán. En mi transcripción y traducción he debido suprimir una gran parte del colorido lenguaje que ellos usaban. Pero cualquiera que tenga sensibilidad para ese tipo de vocabulario puede consultar las grabaciones originales. Las tengo archivadas en mi palacio de invierno en Acapulco.

DAVID. A los seis años de edad, solía yo robarme el *cam-bernet* de mi hermano Mike. ¡Mi *mom* era tan buena! "*Gee* —acostumbraba decir—, cuando tu padre haga otro millón de *dollars* en el mercado de cambio, le pediré el divorcio." La atmósfera era muy tensa. Yo no podía entender nada. Estaba acumulando resentimiento contra *pop*. Pero él era más fuerte que yo, así que esperé a vengarme, años después, esparciendo caviar sobre el pelo de mi media hermana Louise. Esto acabaría con sus continuas escapadas a los *teen-age cocktail parties* de nuestra vecindad en *Park Avenue*. A los doce años, aprendí a prepararme mis propios *drinks*. *Pop* acostumbraba traer ron de sus viajes de negocios a Puerto Rico. Bien poco me imaginaba que acababa yo de tener una nueva hermana ahí. Después de que mi madre pasó unas vacaciones en Reno, me sentí casi completamente perdido. Huí en un DC-6 a las Bahamas. Tuve que fletar un avión especial al regreso para no perderme el juego *Army-Navy*. Entonces me dio por jugar y me hundí en la payola. Ahora, a los veinticinco años, quiero retirarme, aunque debería pensar en casarme o algo parecido; pero Kinsey me tiene *mixed-up*.

MIKE. A los cuatro años, solía yo dejar que el Cadillac de *pop* pasara sobre mi Patek-Philippe de oro. Cuando habían aplanado varios de ellos, hice un brazaletes nuevo para mi tía Lizzie. No sin razón, mi padre canceló mis viajes semanales para visitar a mi abuela en Palm Beach. Esto fue muy triste, porque ella se dedicó a la bebida y dijo que esperaba que nuestra moral mejorara. El día que murió, juré que nunca más daría yo la hora. Mi media hermana, Mabel, que no era sociable, me pidió que averiguara qué hacía la gente en los bares de la Third Avenue. Por ese tiempo, empecé a aficionarme a las *fighths*. En un bar, antes de que cumpliera diecisiete años (aunque ya me veía mucho mayor), le pegué a un irlandés. Las fuerzas policíacas irlandesas en masa me arrestaron. No me gustaría volver a ver al tipo de gente con que estuve encerrado, ni siquiera en la próxima obra de Tennessee Williams. Pero tenía abogados —por docenas— y pronto estaba otra vez al aire libre, *on bail*, con mi cuenta bancaria un poco reducida. Mi hogar era un infierno. Cuando mi *step-mom* dejó al viejo, me incorporé al ejército. Tuve oportunidad de presenciar acción, mucha acción — en el departamento de diversiones. Terminé con *guitar fatigue* y fui dado de baja, y me casé. *Pop* se ocupa ahora de mis hijos. He tratado de trabajar, pero no me sienta bien. Quizás tenga que entrar en los *Peace Corps*.

LOUISE. Uno de mis más tempranos recuerdos es cantar *Christmas Carols* en Westchester. Debo haber tenido catorce años entonces. Antes de eso, mi vida era muy aburrida, exceptuando los viajes realizados para mantenerme alejada del influjo de mis medios hermanos. Después, me mandaron a la escuela en Suiza — al menos, me parece que fue Suiza, porque ahora hablo correctamente francés, alemán, italiano y romanche. También, al contrario de Mike, puedo decir la hora. Aunque siempre estaba haciendo viajes de negocios a los climas más temperados, mi padre fue muy bueno conmigo. ¡*Gee*, que preciosos regalos me compraba mi *daddy* en Tiffany! ¡Cómo lo quería! Pero no podía soportar a mi tercera *mom* adoptiva y fui abandonada a mis propios recursos. Soñé y soñé con una boda tipo *Fifth Avenue*, pero siempre termi-

naba consolándome a mí misma sobre una leche malteada de *Pecan* en Stauffer. Un día me equivoqué al tomar la baidada en espiral en el *Guggenheim Museum* y choqué con un hombre atractivo, moreno y que gastaba un esplendoroso bigote. Él me ayudó espiral abajo — y para abajo me fui. ¡Cómo odio a los hombres, especialmente a ese sudamericano! Me hipnotizó con su acento cortado. Estaba muriéndose de hambre. Le di todo, inclusive el *minck* de mi *grandma*. * Aprendí el significado de la palabra "mañana". ¿Qué me quedaba por aprender después? Le pedí a *daddy* que pensara en algo, entre un *cruise* y otro. Pero él está demasiado ocupado con su séptima esposa —ya se entiende, ella es joven—, y con los *alimony* y con los hijos de Mike, para ocuparse de mí. Si pudiera empezar otra vez desde el principio, estudiaría economía doméstica y leería revistas; hasta me conformaría con un *ad-man* publicista.

MABEL. Desde los ocho años quería ser investigadora de segunda en el equipo del *Time*. Solía quedarme despierta toda la noche leyendo la *Children's Encyclopedia* bajo la luz de una linterna de mano. También empecé a tratar a gente divertida y a hacer *puns*. Mi vida era fácil. Mi *daddy* nunca me molestaba, siempre y cuando le preparara yo sus martinis. A mi *mom* no le importaba un diablo. Era la despreciada de la familia. Además, era yo chaparra y gorda, y no me gustaba mi nombre. Apuntaba para carne de psiquiatra, pero me salvaron mandándome a Bennington. Por aquel entonces usaba yo lentes, así que después de graduarme solicité empleo en *Time*. Cuando me aceptaron, me decidí por los lentes de contacto y me cambié de nombre: Ahora me llamo Eleaziera Henryksen. Al principio sólo hacía investigaciones menores, tales como averiguar qué tipo de aderezo prefería el general De Gaulle en su ensalada. Para averiguar esto, tuve que hacer tres viajes a París — lo que por lo menos me ayudó a mejorar mi francés. Luego ayudé a hacer un reportaje sobre el *subway* de Nueva York. Así es como viajé, alrededor de todo el mundo: Londres, Moscú, Buenos Aires, Bangkok, Tokio, todos los lugares. Me divertía mucho entrevistando a norteamericanos en los *escalators* y averiguando los méritos comparativos de las diferentes estaciones de *subway*. Tengo entendido que este tipo de investigaciones también es realizada por los antropólogos. ¡Oh, es tan absolutamente maravilloso trabajar para mi revista! Supongo que, por fin, soy una persona perfectamente ajustada al medio ambiente. Para comprobarlo, no tiene uno más que mirar a mis medios hermanos y hermanas, y a mi madre adoptiva. O a mi *daddy*. Ninguno de ellos es capaz ni siquiera de ser el tema de un buen reportaje con verdadero contenido humano.

Me esforcé en tratar de conseguir a Jones para grabar sus propias impresiones sobre sus hijos. Sin embargo, no logré sacar mucha información de él. Su natural reticencia y el hecho de que estuviera en su octavo martini cuando lo entrevisté, lo llevaron a hacer sólo unos cuantos comentarios breves, sin ningún interés, que serían difíciles de entender en letras de molde, aunque cualquiera que escuchara la grabación extraería datos con una profunda trascendencia sociológica.

Sin embargo, sorprendentemente, él tenía puntos de vista definitivos en política, y espero que se me perdone citar sólo los siguientes: "Yo sé algo —murmuró— que *gets me down* en todos esos republicanos, demócratas, Dixiecartócratas, Nixonmaniacos y seguidores de la Birch. Todos son iguales. Todas las *goddamned* elecciones son una pura pérdida de tiempo. Gane el que gane, tiene las manos atadas y hereda todos los líos del *guy* anterior, ¿te das cuenta de lo que digo? He oído que ahí, al *south of the border*, ustedes lo manejan todo mucho mejor. Ustedes sólo tienen un partido que siempre gana y saben los resultados de antemano; no se pierde el tiempo en *handshakin* y *baby-kissin*, discusiones en la TV y equipo electrónico. Alguien propone a un *guy* y ya, ése es el *bus*. No hay nada más sucio que la política. Está podrida. Aquí en Nueva York, por ejemplo, no hay unidad. Todo el mundo tira por su lado. No hay *leadership*. Las cosas deben ser distintas, me imagino, en México. Hasta me atrevería a pensar que deberíamos tener un presidente mexicano aquí en los Estados Unidos, o por lo menos un alcalde mexicano en Nueva York."

Debo terminar con una advertencia a mis compatriotas: los interesantes resultados de mi investigación, aunque resulten comprensibles, pueden no ser un retrato verdadero de la *family* americana. Jones se mostró bastante elusivo en esto. Quizás más adelante tenga que investigar a los nietos de Jones. Puede valer la pena ocuparse de ellos.

* Aparentemente, ésta no es la misma abuela que la de Mike. Yo nunca logré aclarar esa relación familiar.—L.O.S.